



DENSIDADES DEDUCIDAS

Mario Miguel Ojeda

DENSIDADES DEDUCIDAS



Primera edición: mayo 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Mario Miguel Ojeda

© Pablo de León Nava: diseño de portada

ISBN: 978-84-19748-62-1

ISBN digital: 978-84-19748-63-8

Depósito legal: M-14906-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A la memoria de Guillermo de León Adams,
a quien le hubiera gustado leer la primera versión.*

Índice

Capítulo 1	13
Capítulo 2	51
Capítulo 3	83
Capítulo 4	117
Capítulo 5	147
Capítulo 6	179
Capítulo 7	211
Capítulo 8	243
Capítulo 9	277
Agradecimientos.....	313

La literatura no es cuestión de especialistas.
RICARDO PIGLIA,
Teoría de la prosa

Este libro es fruto del azar.
JAVIER CERCAS,
El punto ciego

Una vez dentro, el individuo ha encontrado de una manera más
o menos definitiva su vocación. Y ya no podrá ser otra cosa...
LORENA CHANES,
Nosotros, los no-escritores

Capítulo 1

I

Había aterrizado esa madrugada de lunes, como a las cuatro y media, proveniente del Charles de Gaulle. Al caminar por los pasillos sintió el frío húmedo que le calaba los huesos a pesar de su abrigo de doble forro. Con esa sensación recordó nítidamente cómo eran las mañanas del mes de noviembre en la Ciudad de México. Solamente jalaba una maleta pequeña y traía su mochila al hombro. Caminaba con un andar seguro. Llevaba un libro en la mano. Como separador de lectura traía colocado el pase de abordar.

Cuando ya estaba en la fila de Migración aprovechó para guardar el libro en su mochila; mientras lo hacía se percató de que muy pocos hablaban, y que quienes lo hacían eran algunos que estaban lejos de él, por lo que más bien lo que escuchaba era algo como un murmullo intermitente; así las cosas, el ambiente era propicio para sus evocaciones. Durante el viaje había pensado reiteradamente en las últimas palabras de su padre: «Debes venir...». Cada vez que lo pensaba estas palabras se repetían produciendo un eco que bajaba de volumen sucesivamente hasta desaparecer. Él deseaba que esas palabras no le resonaran más, pero no podía evitarlo. Tal vez el hecho de que su padre, después de tanto tiempo, tomara la iniciativa de hablarle lo impresionó. Recuerda que lo único que pudo decir fue: «Sí, papá, allá estaré». La llamada la había recibido el viernes

anterior, justo antes de que saliera de su cubículo para ir a su casa a descansar de una jornada semanal muy intensa; con todo eso apenas tuvo tiempo de organizarse para hacer el viaje.

La espera en el lento avanzar de esa gran cola lo empezó a incomodar. Para evadirse mira al frente sin enfocar la vista en algo en particular. Durante estas abstracciones le vienen imágenes de los últimos días caminando por las calles de París. Se ve sentado en algún parque mirando distraídamente a la gente que va de un lado a otro; también se recuerda viendo los caseríos que pasan mientras viaja de regreso en el tren rumbo a Jouy en Josas. Estas últimas secuencias pasan aderezadas con el sonido peculiar de las ruedas en los rieles; eso lo relaja. Finalmente se recuerda en esos viajes diarios de regreso regodeándose al admirar el paisaje veraniego de la campiña antes del anochecer.

De repente se percata de que la fila se mueve; entonces se da cuenta de que debe avanzar varios pasos por el espacio que ha producido su distracción. Sigue caminando arropado por imágenes de sus últimos días, afanado en la escritura de unos ensayos que debió entregar a la revista del instituto esa misma semana. Así pasa el tiempo hasta que otra vez alguien, sacándolo de sus evocaciones, le dice que ya le toca su turno. Al pasar a la ventanilla, el oficial que ya ha tomado su pasaporte se le queda mirando por un tiempo que él siente que es excesivo. Se intimida un poco, pero le mantiene la mirada y deliberadamente lo escudriña también. Cuando finalmente el oficial pone el sello y le devuelve su documento dice con toda la seguridad que puede: «Muchas gracias, oficial». Se da cuenta de que lo dijo para sobreponerse de la tensión que estaba sintiendo.

Camina rumbo a la salida pasando por las bandas de recoger maletas. Tiene que sortear a un grupo de pasajeros que interrumpen el paso; son muchos y con equipajes voluminosos. Se dirige a la puerta del fondo. Nota que dos oficiales de la aduana probablemente lo detendrán antes del umbral. Hace por sacar su pasaporte de la bolsa interior de la chaqueta, pero no lo tiene que mostrar porque le ceden el paso.

Ya en el taxi, rumbo a la terminal de autobuses, se frota la cara. Se da cuenta de que no había previsto tanto frío. Se siente un poco contrariado. El chofer no habla. Él piensa que desde que supo que vendría se ha distraído mucho pensando, viajando a su pasado, recordando detalles de su vida; repara en que algunos eventos de esos que evoca le parecen extraños, como si se tratara de una historia de otro que él está reconstruyendo para escribir una narración. No obstante, por la incoherencia de algunas cosas que piensa, se da cuenta de que su mente está como en un remolino de recuerdos, por lo que se dice que debe estar más en presente. Respira profundo y exhala.

Al analizar su estado físico no se siente tan cansado; «... será porque dormí más de la mitad del viaje», piensa. Recuerda que el día anterior había sido más ajetreado que de costumbre: tuvo que terminar varios escritos y revisiones que debía dejar listos para entregar durante la semana, hacer varias llamadas y hacer encargos a la secretaria del instituto. Piensa que ya se acerca el fin de año y los afanes por terminar las cosas en proceso generan mucha presión, exigencias, tensiones. Exhala. Se dice que todo lo que hizo vale la pena. «Es lo menos que se merece mi abuelo», piensa. Al recordar su imagen se sobrecoge, lo invade un dejo de melancolía, y se dice como sin creerlo: «El entierro de mi abuelo...». Que sería en Xalapa, ese mismo lunes, a las cuatro de la tarde.

Caminó por una terminal de autobuses con mucho movimiento, a pesar de que apenas iban a dar las seis. Encontró boleto para las 6:30, por lo que apenas tuvo tiempo para buscarse un café. Antes de pedirlo en el estanquillo recordó que le gustaba lechero, aunque ahora por la fuerza de la costumbre dijo: «Por favor me da un late». Mientras se lo preparaban le vino a la memoria la última vez que había venido a pasar las navidades con su familia; pronto se cumplirán diez años. En aquella ocasión, su padre le había dicho que si no estaba de acuerdo con sus decisiones que ya no regresara, que ya no le escribiera, que ya no le hablara. «No hace falta que seamos hipócritas», son las palabras que le dijo para cerrar aquella

conversación. Piensa en su padre y no puede apartarlo de estas palabras, las cuales han acompañado la imagen que de él guarda durante los últimos años.

Fue en el despacho de la notaría, después de que le comunicara sobre el contenido de su testamento. Recuerda que no había hablado con su padre por casi dos años, desde que le comunicó que iba a seguir estudiando literatura; su padre no estaba de acuerdo desde que inició la licenciatura, pero había pensado que su hijo corregiría el camino. Como no fue así, cuando supo que se iba a ir a México para hacer una maestría, le retiró todo su apoyo. Él había tomado sus decisiones y entendía que con su padre no contaría; así que no aspiraba a una herencia. Por eso, ante esta comunicación no se sintió frustrado ni enojado, solo triste. Le viene a la memoria lo único que le dijo a su padre: «Está bien, papá, como tú quieras». También le vienen evocaciones de lo que sintió cuando cerró la puerta tras de sí: era una soledad que se amplificaba hasta ocuparlo todo. No recuerda haber llorado. Se dice que no tiene resentimientos, aunque ciertamente los tiene, pero no son más que eso; está seguro de que no hay rencor; «... ni rencor ni otra cosa peor», piensa. Está consciente de que esto fue el costo que pagó por contrariar las decisiones de su padre, que quería que estudiara derecho y que siguiera sus pasos. Se recalca en sus adentros que el camino que tomó es el que realmente quiso; en tal sentido, se siente realizado. Ante estas remembranzas, de repente, la imagen de su abuelo lo inunda todo y le viene un torrente de agradecimiento; sabe que pudo hacer todo lo que hizo porque contó con el apoyo de quien ahora ha muerto. Suspira.

Sigue pensando sobre lo mismo mientras aborda el autobús. Se acomoda y de cuando en cuando continúa tomando, por sorbos pequeños, el café que aún sigue caliente. Apura los tragos. Se lo termina antes de que el autobús salga de la terminal, ya con el abrigo puesto como una cobija que le cubre hasta las piernas. A pesar de que se decía no estar cansado, quizá por lo agradable de la temperatura que alcanzó su cuerpo, se quedó dormido antes de que el autobús enfilara hacia la autopista.

Se despertó cuando se hizo un alto para pasar por la caseta de Huamantla. Se despidió y sacó su libro. Continuó su lectura y pronto se abstraigo en el drama de una mujer casada que tenía aspiraciones literarias, las cuales reprimía ante los dictados de una vida convencional que el marido empresario le imponía. Ser ama de casa le permite disponer de tiempo, lo que la hace tener una permanente tentación por vivir múltiples vidas. La prosa es intimista, en primera persona, y lo tiene atrapado. La voz femenina que logró el novelista lo subyuga. Reconoce que la tensión narrativa es muy buena e identifica el extraño interés que se produce considerando que se trata de un argumento en apariencia simple. Los lances al precipicio y el reconocimiento de las culpas se suceden, y aunque las consecuencias parecen predecibles la prosa no pierde intensidad, lo que hace que él siga muy interesado por la historia, que por lo demás no le parece la gran cosa. Así llegó al final, el cual está sustentado en una reflexión sobre la vocación y la libertad, las tentaciones humanas, la debilidad y el concepto de pecado en su relación con el sufrimiento. Se dice que la lectura lo dejó satisfecho, pero el final le parece fútil. Precisamente cuando pensaba en otros finales posibles se dio cuenta de que el autobús estaba ya cerca de la última pendiente, la de vistas panorámicas de la ciudad de Xalapa.

Cuando pasaba por las curvas de San Miguel del Soldado recordó haber estado en ese pueblo acompañando a su abuelo cuando tenía alrededor de 16 años. Por aquellos tiempos se hizo definitiva la cercanía entre ellos. Su abuelo había asistido a ese pueblo a comunicar la regularización de las posesiones de los bienes de un hacendado que había dejado una viuda y tres hijos. El abuelo tendría entonces 55 años y lo había tomado como su acompañante para algunas diligencias. Trató de hilvanar una historia sobre lo que pasó en San Miguel, y cuando reparaba que sus evocaciones eran difusas, la aparición del Cerro de Macuiltepétl, a lo lejos, le sobrepuso los recuerdos de su infancia. De repente se ve a sí mismo como aquel niño. La voz de su abuelo le suena afectuosa mientras

camina, tomado de su mano, por las veredas del cerro. Muchas de las cosas que conoce de los árboles, las plantas, los animales y de la naturaleza en general se las debe a amorosas explicaciones durante las caminatas que muchas veces hicieron por los alrededores de la ciudad; al recordarlo se dice que su abuelo siempre había sido un caminador empedernido que conocía muchos de los caminos vecinales de la zona.

Recuerda que una vez habían subido por los poblados de las faldas de la montaña hasta llegar al Valle de Perote. El plan era ir a Xico Viejo, pero ya estando ahí al abuelo le surgió la idea de seguir subiendo. Llegaron a comer a un restaurante de conocidos españoles que el abuelo tenía en Perote. Ahí se había enterado de la historia de los refugiados de la Guerra Civil y de cómo se habían asentado en la región; se dice que por esa razón Perote llegó a tener una tradición de fabricantes de embutidos «tipo español». De repente sus recuerdos se hacen nuevamente dispersos; es porque se da cuenta de que ya está llegando a la ciudad capital de Veracruz.

En la terminal de autobuses de Xalapa había mucha gente. Mientras observa de un lado a otro recuerda que la última vez que vino se dijo lo mismo. De repente, le pareció que alguien lo saludaba; levantó la mano, pero inmediatamente se dio cuenta de que se equivocaba, que no lo saludaban a él sino a alguien que venía justo atrás. Caminó hasta la taquilla de los taxis controlados. Compró un boleto al centro de la ciudad. A pesar de tanta gente en la terminal no había cola para abordar el taxi. Se acomodó en el asiento trasero con su pequeña maleta. Le pidió al conductor que lo llevara al hotel Los Cafetales.

Mientras iba en el taxi recordó que ese había sido su hotel en la ciudad durante muchas de sus estancias breves que realizó en el pasado. Cuando estudiaba la maestría en la UNAM venía de cuando en cuando, tal vez unas tres o cuatro veces por año. Su abuelo le pedía que lo visitara, pero habían convenido en encontrarse a escondidas de su papá, a quien su abuelo no quería importunar. «A tu papá lo quiero mucho y no quiero tener discusiones con él»; así se

lo había dicho en la primera visita que hizo. Por esta clandestinidad acordada, se encontraban en algún café, en un restaurante o en el mismo *lobby* del hotel; fueron más veces en el *lobby*, donde platicaban por horas, de la familia, de los estudios durante la maestría y de sus lecturas; sobre todo hablaban de lecturas.

El abuelo siempre estuvo interesado en saber lo que verdaderamente quería hacer, lo que le gustaba de verdad. Rememora la voz del abuelo cuando se lo decía: «Pláticame tus intereses reales». Le dedicaba toda la atención y le compartía sus historias personales, sus vivencias, sus recuerdos de las épocas de gloria, que ciertamente el abuelo había tenido muchas. Su mente evoca la elegancia de la vestimenta del viejo, lo distinguido de su trato, la amabilidad, su elocuencia. Se pone un poco melancólico; entonces se acuerda que debieron suspender sus encuentros cuando su abuelo dejó de tener movilidad: le dio un derrame cerebral y una trombosis: quedó lisiado; se acuerda que de eso se enteró en la llamada de felicitación que el abuelo le hizo por su 28 cumpleaños; apenas acababa de cumplir un año en París, y esa conversación no la habrá de olvidar: casi había perdido la voz y estaba haciendo un gran esfuerzo por articular palabras, por decirle cosas esenciales. Recuerda que le había comunicado que su nana se haría cargo de enviarle la mensualidad. Así fue que, desde entonces, y llegando hasta estos días, esta abnegada mujer seguiría manteniendo una relación muy cercana con él, a pesar de la lejanía. En aquella ocasión su abuelo también le pidió, encarecidamente, que, por cualquier problema que tuviera, era con ella con quien tendría que hablar; le dijo asimismo que nada le faltaría, que siguiera su camino como se lo había trazado: «Tienes que seguir estudiando literatura y dedicarte a escribir; sé que eso es lo único que de verdad te interesa», rememora que le había dicho con dificultad.

II

Le gustaban los pambazos de frijol con longaniza y café con leche para el desayuno. La mesera del restaurante del hotel lo sabía muy bien y recordaba todas las veces que había venido. «Hacía años que no lo veía, pero siempre lo recuerdo; por cierto, su abuelo ya no ha vuelto», le dijo. La mujer le comentó que le habían contado que su abuelo se enfermó. «Sí, así es: estuvo enfermo la última parte de su vida; tuvo un derrame cerebral y una trombosis; ya no podía caminar, casi no podía hablar, estaba postrado; antier murió; hoy es el entierro, a las cuatro; a eso he venido». El rostro de la señora, que de por sí mostraba su avanzada edad, se ensombreció y la hizo parecer como si fuera una anciana; por este rictus que mostró, él tuvo la certeza de que los sentimientos la iban a desbordar. Se dio cuenta de que la expresión que tenía se debía a la forma en que se estaba conteniendo. Como él estaba sentado, ella se acercó y le puso una mano en el hombro, y lo miró directamente; los ojos de la mujer estaban vidriosos. Finalmente, mientras él se levantaba y la abrazaba, ella rompió en llanto; era un llanto que manaba sincero y comunicaba una liberación. Él, cuando ella se calmó, le dijo que su abuelo había muerto en paz y que, dada su condición, era lo mejor. Continuaron abrazados por unos minutos, mientras el llanto desaparecía. Pensó en todas las cosas que había imaginado en las ocasiones en las que estuvieron juntos los tres. Sabía que la mesera guardaba un cariño especial por su abuelo; tal vez algo más.

A las tres de la tarde sonó el teléfono de la habitación mientras dormitaba. Le anunciaban que su nana lo esperaba en el *lobby*. Se enjuagó y secó la cara. Se puso el saco. Bajó parsimoniosamente hasta que en su campo visual apareció la imagen de esta mujer que él sabe que ha sido y seguirá siendo fundamental en su vida. Había llegado a trabajar a la casa de la familia para cuidar a su madre, que cuando él tenía apenas un año de edad había recaído de un cáncer. Primero cuidaba solamente a la madre, pero conforme la enfermedad la deterioraba, tuvo que hacerse cargo también del pequeño.

Sabe que después de que su madre murió, ella se quedó contratada de nana, para encargarse de él. Era la época en que su padre era diputado y se pasaba mucho tiempo fuera de la ciudad, principalmente en el Distrito Federal, hoy llamada Ciudad de México. Al aceptar el trabajo, la nana había adquirido una alta responsabilidad para ser una enfermera recién egresada. Era muy jovencita —tenía entonces menos de 20 años—, pero hacía todas las cosas con una entrega especial y de forma muy profesional. Conforme él creció y requirió menos atención, el abuelo la instó a que estudiara; primero hizo la carrera corta de auxiliar contable y después la licenciatura en administración, ambas las estudió en la Universidad Abierta. El abuelo había financiado sus estudios y después la contrató como una suerte de gerente de la casa y auxiliar en la notaría. Ella era quien movía las finanzas y la que se encargaba de estar al tanto de lo que pasaba con la hermana de él, en aquel tiempo una adolescente, y con el hermano mayor, ya un estudiante universitario de ingeniería industrial.

Al terminar de bajar la escalinata vio a la nana con su rostro mostrando claramente el abatimiento del dolor sufrido en los últimos días; en sus facciones tenía aún los estragos del velorio. Al verlo, los ojos de la mujer se inundaron. Caminó hacia él. Al abrazarlo no pudo contenerse. Él la apretó y le dijo al oído: «Vamos a estar bien: él siempre quiso que fuéramos fuertes. Hagámoslo en su memoria». Se lograron contener y salieron saludando a algunos de los comensales que la reconocieron. Sabían que estaban justo a tiempo para llegar al entierro.

Cuando llegaron al panteón ya todos los asistentes estaban posicionados para el último acto. Posiblemente era más de un ciento de personas. La nana y él caminaron entre los pequeños grupos que se habían formado y, sorteando algunas tumbas, llegaron frente a la fosa, que estaba ya con la caja justamente dispuesta para ser bajada. Los enterradores hacían su trabajo, poniendo las reatas que permitirían bajar el ataúd. Los dos, la nana y él, se ubicaron al lado de la familia. Cuando él se acomodaba vio que su padre, ahora to-

talmente canoso, le tenía echado el brazo a su hermano y tomaba, con la otra mano, la mano de su hermana. El padre alzó la vista y le dedicó una mirada indescifrable que él quiso sentir afectiva. Al ver la escena la nana se apretó de su brazo y le hizo sentir su solidaridad.

Escucharon las oraciones y la despedida que el párroco de la iglesia de La Piedad, que había sido gran amigo del abuelo, le dedicó con una intimidad que hizo que varios asistentes lloraran, algunos de manera incontenida; se escuchó alguno que otro ataque de llanto lastimero. El ataúd bajó. Acto seguido, se pusieron, como siguiendo un protocolo, los blocks y la mezcla, y finalmente la loza de concreto; después se empezaron a echar las paladas de tierra. Se volvieron a escuchar algunos llantos lastimeros cuando se hizo el montículo final. A pesar de este entorno, la familia estaba serena; la nana y él también.

Primero pusieron las coronas de flores, después los ramos. Al terminar, su padre alzó la voz: «¡Atención!», dijo. Respiró profundo y empezó a hablar, muy pausado. Fue un discurso de agradecimiento para todos los que estuvieron atentos a la agonía y el desenlace; se agradecieron las visitas cuando el abuelo estuvo postrado, las muestras de cariño y la compañía que tenían hoy. Al final les pidió un aplauso. «¡Es lo que se merece una vida ejemplar!», dijo para cerrar la alocución.

La mayoría de los asistentes vino a despedirse. Sólo uno que otro lo reconoció, y algunos de estos pocos lo abrazaron también a él. Al quedarse solos, finalmente, los familiares caminaron siguiendo las veredas adosadas, juntos hasta la entrada del cementerio. Durante el trayecto se mantuvo un silencio muy tenso, que en un tramo de más de 100 metros inevitablemente alcanza a inquietar. Él se abstraigo como si caminara hacia una puerta que le daría la salida a un camino mejor; se sentía seguro, estaba sereno. La nana no se soltó de su brazo sino hasta que estaban fuera, en el estacionamiento. Justo entonces se rompió el silencio: el padre le dijo directamente, en forma imperativa, como lo hacía siempre:

«Espero que vengas a la casa, tenemos que hablar; te esperamos mañana para desayunar». Asintió sin decir palabra mientras su padre le contestaba: «Gracias por venir». Su hermano se acercó y le dio un abrazo. Su hermana lo abrazó y lo besó. «Qué bueno que estás aquí», le dijo.

La nana dio unos pasos rumbo a su vehículo; él la siguió. Ya en el auto salieron a la avenida y enfilaron hacia el centro de la ciudad. La plática de ella era muy informativa sin detalles ni valoraciones personales: lo que había pasado con la hermana —se había divorciado y estaba de regreso en casa—; con el hermano —que seguía en Monterrey, ahora tenía a su cargo dos fábricas de porcelana y muebles de baño; le iba muy bien; no se había casado—. Él solo escuchaba. La nana quiso saber sus planes, pero ya casi llegaban.

Ya en el hotel, se sentaron en el *lobby*. Él le platicó de sus actividades, de lo que hacía en el día a día: las clases, la revisión de trabajos en el posgrado de literatura europea, las participaciones en los seminarios y congresos, su libro publicado (una colección de ensayos que ya circulaba y recibía buenos comentarios) y el contrato de profesor asistente que tenía. Ella le comunicó que la voluntad del abuelo era que su cuenta bancaria íntegra pasara a nombre de él y que le había dejado un portafolio con unas cosas que le entregaría pasado mañana. «Sabes que tu abuelo dispuso de ese dinero para tus planes y, aunque desde hace casi cinco años ya no te he depositado tu mensualidad, él pensó que la seguías recibiendo. Yo no le dije nada, porque no quería inquietarlo; al final de sus días los pensamientos y recuerdos lo atormentaban y decía cosas incoherentes. Entiendo que los planes que tienes ahora se modificarán un poco, pero tu abuelo siempre pensó que estarías solamente escribiendo; él me decía que para eso necesitabas no distraer tu tiempo en otras actividades; dijo que tú no tendrías necesidad de trabajar, que para eso había trabajado él. La idea con la que murió es que tu primera novela estaba en proceso. Justo antes de perder la coherencia de sus ideas, me insistió que hiciera todo lo posible para que tú pudieras seguir por ese camino».

Cuando la nana se fue eran casi las nueve. Habían concretado que el desayuno sería a las ocho, que es a la hora en la que le gusta desayunar a su padre. La noche estaba empezando. Para él sería muy larga.

III

Llegó a la casa unos minutos antes de las ocho. No se había podido dormir hasta pasadas las dos de la mañana y se despertó, sobresaltado, al cuarto para las seis: pocas horas de sueño para él que acostumbraba dormir al menos siete horas. Lo recibió la muchacha que ayuda en la casa; él no la conocía y al verla se presentó. «Ya me habían dicho que llegaría: bienvenido», le dijo a ella mientras le cedía el paso.

Su hermano estaba sentado en el sillón del corredor leyendo un periódico. Al escuchar su voz se levantó y vino a recibirlo. Otra vez lo abrazó, afectuoso, y él se sintió extraño: eso no era usual entre ellos porque siempre fueron hermanos distantes, tal vez por su diferencia de edades, pero sobre todo por sus personalidades, ambas introvertidas. Por la sala se asomó la hermana, y al verlos vino a recibirlo también. Ella fue menos efusiva, pero su cordialidad natural le hizo recordar que había sido su compañera de juegos en la infancia, aunque ella fuera mayor por seis años.

La nana apareció para llamarlos desde el comedor. Después de los saludos ya estaban sentados ante los platos de fruta y los jugos. Su padre apareció de traje, como si fuera a asistir a un acto oficial. Efectivamente, mientras se acomodaba en su silla, les comentó que a las diez tendría que estar en el Patronato de la Universidad para el informe anual de actividades. El desayuno transcurrió con toda tranquilidad.

Quisieron, su hermana, sobre todo, saber cómo le iba en París. Él les comentó que muy bien, que hacía lo que le gustaba y que era apreciado en el instituto, a pesar de que no tenía una posición estable; les comentó que su contrato vencería a final de año. No hubo

comentarios y se hizo un silencio de varios minutos, hasta que su padre le preguntó que si le gustaría quedarse en Europa: «En París, o en algún otro lugar de Europa», dijo. Él contestó con toda la sinceridad que pudo reconociendo que no lo sabía, que había cosas que no le gustaban del todo y que tal vez pronto regresaría al Instituto de Filología de la Universidad Nacional, donde estaban interesados en repatriarlo. «Pero la verdad es que no lo sé; por el momento debo cumplir una serie de compromisos contraídos, y ya al finalizar el año me decidiré», comentó.

Su padre, ya en la sobremesa, dijo que le daba gusto que estuvieran todos, que al abuelo le hubiera gustado verlos así. Le dijo directamente a él que esta era también su casa, que cuando gustara podría venir, que olvidara todo lo que había pasado, que lo importante era perseverar en seguir unidos. Se hizo un silencio. Ni su hermana ni su hermano tuvieron qué decir; para no prolongar más ese silencio, él tuvo que hablar: le agradeció, y dijo que le daba gusto escucharlo decir esto; se levantó y fue a darle un abrazo. Se dio cuenta de que en ese momento la nana estaba llorando, muy discretamente. Todos se pusieron de pie e intercambiaron abrazos.

Ya en la sala, la hermana quiso saber cuándo tenía que volver a París y él le dijo que tenía el vuelo de retorno para el día sábado a medianoche. Ella le ofreció la habitación disponible en la casa: «Es tu habitación», le dijo. Él no supo qué decir, se le hacía extraño. La nana le dijo que estarían muy contentos de que pudiera pasar los días que le quedaban en la casa. Se sintió un poco obligado, pero les comentó que el jueves tendría que viajar a la Ciudad de México, puesto que el viernes había quedado en ver a su antiguo profesor. «Aunque sea un par de días, sería bueno que estés aquí», dijo la nana, por lo que no le quedó más que aceptar, y dijo que al día siguiente se mudaría.

Su padre se despidió, diciéndole que más tarde o mañana seguirían hablando. Su hermano le preguntó sobre cuál era su plan para ese día, a lo que él contestó que iría a dar una vuelta por la ciudad. Ante esto, le dijo que él se tendría que volver a Monterrey al día

siguiente, que si le aceptaba que comieran juntos, que le interesaba que pudieran hablar un poco. Él le propuso la cena, puesto que la verdad no comería sino algo muy ligero, además de que quería visitar varios sitios de la ciudad. Quedaron en encontrarse a las ocho en un restaurante de las Lomas del Estadio, donde recuerda que alguna vez le celebraron una comida de cumpleaños a su padre, cuando él era todavía un jovencito y su padre un flamante dirigente en el partido.

Al salir la nana lo acompañó y le recordó que tenía que entregarle algunas cosas y que deberían hablar un poco más. En la puerta de la casa acordaron que el miércoles se verían en la notaría. «A las 11», le dijo ella.

Se sintió extraño saliendo de su casa, a la que no había regresado en mucho tiempo. Caminó rumbo al Parque Juárez y fue directo al mirador desde donde le gustaba contemplar el Paseo de los Lagos, la Zona Universitaria, la iglesia de Guadalupe y el Parque de Béisbol. Recuerda que su abuelo lo traía ahí de pequeño y lo subía sentado en sus hombros; después vendrían ahí mismo casi cada semana en sus paseos sabatinos. Recuerda que le contaba historias de la ciudad. Rememora que le platicó que por la zona que ahora era de lagos, antaño fue una ciénaga, donde estaban ubicadas las fábricas de hilados y tejidos de la ciudad. En esos recuerdos estaba cuando de repente reparó que la iglesia estaba totalmente remodelada: ya no era la cúpula con la pequeña cruz la que se distinguía; ahora se podía ver una gran cruz de concreto y un edificio de arquitectura modernista. Por lo demás las vistas de la ciudad desde el mirador habían cambiado poco. Le vino a la mente la idea que una vez le comentó su abuelo; le había dicho que se podría poner desde ahí un teleférico que pasara sobre los lagos y que llegara hasta las Lomas del Estadio, donde está la rectoría de la universidad. Recordó que su abuelo siempre había amado su ciudad y siempre le hablaba de cómo podrían mejorarse las condiciones.

Bajó por las escalinatas del parque y fue a caminar por el Paseo de los Lagos, llegando hasta la Zona Universitaria. Encontró un

poco cambiadas las vialidades: más modernas, restauradas; pasó por las facultades de biología y matemáticas y entró a una zona de áreas verdes y campos deportivos: todo totalmente nuevo. Sabía que esa zona existía, pero hace diez años, cuando paseó la última vez, no tuvo tiempo de verla. Llegó hasta una biblioteca central nueva, y a una sala de conciertos para la orquesta sinfónica, que aún no estaba terminada. Esas áreas las había caminado con su abuelo cuando eran potreros y campos de fútbol, pero no empastados sino de terracería.

Regresó sobre sus pasos al centro de la ciudad y se enfiló al parque de Los Berros, donde recuerda haber aprendido a conducir bicicleta. Su abuelo fue el que lo llevaba; lo recuerda animándolo ante las primeras caídas, y saltar de alegría cuando ya había logrado dar su primera vuelta al circuito del parque sin tener que detenerse. Se sentó en una banca y, descansando un poco, se dedicó a ver a las familias y demás ciudadanos que a esa hora poblaban este concurrido parque. Notó que había menos árboles, que había más casonas sobre la calle aledaña, la Hidalgo, y que el tráfico era mucho más intenso rumbo a la Zona Universitaria. Sintió que lo invadía un deseo de descansar, por lo que se dirigió al que por ese día todavía sería su hotel. En la recepción avisó que al día siguiente dejaría el cuarto. Pidió que lo despertaran a las siete de la noche previendo que se pudiera dormir profundamente. Al llegar a su cuarto ni siquiera se quitó la ropa; unos minutos después de acostarse y echarse la sobrecama encima se quedó profundamente dormido.

IV

Estaban sentados en las mesas que están a un lado de la pérgola, por donde está el asador. Él había llegado primero, porque era su costumbre en sus citas estar unos minutos antes de la hora establecida. Estaba tomando ginebra con tónica. Llevaba como la mitad, cuando, pasados unos minutos de las ocho, arribó su hermano. Al verlo acercarse tuvo una sensación de extrañeza: no recuerda

que alguna vez tuvieran una cita solos. No obstante, lo recibió con un abrazo afectuoso, fuerte. Al abrazarlo se dio cuenta de la buena forma física que su hermano tiene, a pesar de que ya anda cerca de los 50. Se dice que es porque siempre llevó una vida saludable y evitó, desde muy joven, los excesos; «eso sí paga, en verdad», pensó.

Se pusieron al corriente de sus vidas antes de que les trajeran los platos. Él pidió un corte de arrachera a la tampiqueña, que es uno de sus platos preferidos. Su hermano pidió una ensalada griega y un caldo tlalpeño, que acompañó con un agua de limón. Él ordenó una segunda bebida igual a la que tomaba.

Al llegar a los temas sustanciales su hermano le dijo que le daba gusto que hubiera hecho las paces con su padre. «Papá ha cambiado mucho; aún no sé qué le pasó. Cuando llegué, el viernes después de que el abuelo hubiera muerto, lo encontré sereno, tranquilo. Me habló maravillas de la relación con el abuelo; muchas cosas que no sabía, que ni siquiera me imaginaba. Siempre se respetaron y tenían bien delimitados sus ámbitos de acción y decisión; me dijo que no se acuerda cuándo fue la última vez que discutieron, que seguramente fue hacía muchos años...». Él no se sorprendía de esta historia porque la había vivido. Recuerda que siendo un adolescente su papá le había llamado la atención por un descuido en sus responsabilidades escolares; él se disculpó y prometió enmendar la falta; se dio cuenta de que el abuelo los estaba viendo; después los vio hablando en la sala, muy tranquilamente. Está en esta remembranza, tratando de imaginar lo que estarían hablando, cuando su hermano lo saca de sus evocaciones: «¿Regresarás a México?», le preguntó como tratando de indagar más al respecto. Él repitió lo que dijo antes: «La verdad es que no lo sé». Su hermano le contó que él ya se sentía extraño en Xalapa; que había hecho su vida en Monterrey y que no se le pasaba por la cabeza regresar. «Siento que esto ya no es lo mío; la vida de esta ciudad ahora la siento muy monótona. Cuando me fui a estudiar a Monterrey pensé que regresaría para crear una industria, pero la verdad ya estando allá me

di cuenta de que aquí prácticamente no hay oportunidades: este es un pueblo comparado con lo que es Monterrey. Papá trató de convencerme, pero entendió las cosas cuando le platiqué las ofertas que tenía: ahora soy accionista de la empresa, invertí el dinero que se me dio como herencia y, la verdad, tengo muchos intereses que cuidar allá. Contra lo que pensé, papá lo asimiló muy bien. En los últimos dos años sólo he venido una vez. Hablamos largo y tendido sobre mi vida y sobre las expectativas que él tenía sobre mí; ha aceptado que tengo mucho más de lo que él imaginó que podría lograr; en fin, estamos en paz, tenemos poca comunicación, pero es muy afectiva. Te repito, papá ha cambiado mucho, ya lo verás».

Hablaron de su hermana; «... de su fracaso matrimonial», dijo su hermano; él escuchó la versión acerca de la responsabilidad que ella tenía al haberse casado precipitadamente con un hombre desconocido, de una familia rara. «Papá la animó; la verdad es que siempre fue la consentida, le ha cumplido todos sus deseos; en ese sentido yo considero que él también tuvo responsabilidad». Se miraron en un silencio prolongado como comulgando.

No tomaron postre, pero él pidió un coñac. Le gustaba tomar hasta tres copas de alcohol en las cenas; sentía que le hacía bien a la digestión y con esa dosis tenía un descanso que consideraba correcto. Finalmente, su hermano le platicó que tenía que volver, al día siguiente muy temprano a Monterrey, por un embarque muy grande de muebles de cerámica a Estados Unidos, «... el más grande que he colocado hasta ahora», dijo con un dejo de orgullo. Ya eran casi las 11 y quedaban únicamente otros tres comensales en otra mesa. Salieron a una noche con un chipi chipi que hacía que se sintiera cómo el frío calaba los huesos. Subieron a un taxi que habían pedido al mesero; el taxi pasó a dejarlo al hotel y continuó con su hermano. Se habían despedido muy efusivamente prometiéndose estar en contacto y repetir esta convivencia.